un hombre maduro, tímido, d e complexión sanguínea, contestó que sí. «¿Can qué derecho?», volvió a preguntar José Arcadio Buendía. Don Apolinar Moscote buscó un papel en la gaveta de la mesa y se lo mostró: «He sido nombrada corregidor de este pueblo. » José Arcadio Buendía ni siquie ra miró el nombramiento. -En este pueblo no mandamos con papeles -dijo sin perder la calma -. Y para que lo sepa de una vez, no necesitamos ningún corregidor porque aquí no hay nada que corregir. Ante la impavidez de don Apolinar Mascote, siempre sin levant ar la voz, hizo un pormenorizada recuento de cómo habían fundado la aldea, de cómo se habían repartido la tierra, abierto los caminos e introducido las mejoras que les había ido exigiendo la necesidad, sin haber molestado a gobierno alguno y sin que nadie 84los molestara. «Somos tan pacíficos que ni siquiera nos hemos muerto de muerte natural -dijo-. Ya ve que todavía no tenemos cementerio.» No se dolió de que el gobierno no los hubiera ayudado. Al contrario, se alegraba de que hasta entonces las hubiera deja do crecer en paz, y esperaba que así los siguiera dejando, porque ellas no habían fundado un pueblo para que el primer advenedizo les fuera a decir lo que debían hacer. Don Apolinar Moscote se había puesto un saco de dril, blanco como sus pantalones, sin p erder en ningún momento la pureza de sus ademanes. -De modo que si usted se quiere quedar aquí, como otro ciudadana común y corriente, sea muy bienvenido -concluyó José Arcadio Buendía -. Pero si viene a implantar el desorden obligando a la gente que pinte su casa de azul, puede agarrar sus corotos y largarse por donde vino. Porque mi casa ha de ser blanca como una paloma. Don Apolinar Moscote se puso pálido. Dio un paso atrás y apretó las mandíbulas para decir con una cierta aflicción: -Quiero advertirle q ue estoy armado. José Arcadio Buendía no supo en qué momento se le subió a las manos la fuerza juvenil con que derribaba un caballo. Agarró a don Apolinar Moscote par la solapa y lo levantó a la altura de 85sus ajos. -Esto lo hago -le dijo - porque prefiero c argarlo vivo y no tener que seguir cargándolo muerto por el resto de mi vida. Así la llevó por la mitad de la calle, suspendido por las solapas, hasta que lo puso sobre sus das pies en el camino de la ciénaga. Una semana después estaba de regreso con seis soldados descalzos y harapientos, armados con escopetas, y una carreta de bueyes donde viajaban su mujer y sus siete hijas. Más tarde llegaran otras das carretas con los muebles, los baúles y los utensilios domésticas. Instaló la familia en el Hotel de Jac ob, mientras conseguía una casa, y volvió a abrir el despacho protegido por los soldados. Los fundadores de Macondo, resueltos a expulsar a los invasores, fueron can sus hijas mayores a ponerse a disposición de